

Plata al Viento

Personalmente me gusta pensar en la historia del mismo modo y en el mismo contexto en el que yo la leo en mis sueños. Teniendo en cuenta que yo sueño durante mucho tiempo, y que despierto cada vez que me aburro del sopor y la calma que me proporciona mi cama... no es habitual que abandone el reposo para participar en mis propias historias.

Recuerdo con nitidez la última vez que recorrí el mundo, se podría decir que esta historia sucedió hace varios siglos, en un lugar como este, en una ciudad que podría no estar demasiado lejos de la tuya, pero en otro tiempo, sucedió en el pasado. Aterricé en un bosque cercano a una villa. Era una villa vieja y de lo más común, con un pequeño mercado de frutos del campo de mala calidad, una botica muy cara cuyos tratamientos y mejunjes no todos podían permitirse. También era apreciable la suciedad de las calles, además de la innegable y reciente presencia de epidemias. A pesar de haber un riachuelo que recorría la villa, no se veía alcantarillado alguno, ni modo de aprovechar el agua aparte de un insalubre pozo y las orillas infestadas de mosquitos, donde las mujeres lavaban la ropa.

Desde mi punto de vista los humanos que en aquel lugar residían eran estúpidos. Muy sencillo sería elaborar un sistema de cañerías, o limpiar el pozo, o hacer acueductos para el mejor regadío de los campos y mejor calidad de los productos. Pero no, se los apreciaba a todos muy atareados en producir más, en correr a la fábrica, en no llegar tarde a la cita con la hija de la vecina, y en no ofender al burgués de turno. A pesar de ello, algo que no llego a comprender es que fueran felices, pues se les veía sonreír cada vez que se secaban el sudor de una frente llena de roña, o que chocaban cervezas servidas en sucios vasos de barro, pero sobre todo cuando conseguían unas monedas por trabajo o por caridad. Aquel invento al que llamaban dinero era algo de un poder que ni ellos conocían. Allí vi hombres tirados por el suelo pidiendo limosna, y mujeres ofreciendo oscuros servicios para poder costearse vivir... y cada vez que sostenían en sus manos una pieza brillante, no podían evitar sonreír. Se los veía tremendamente felices en su ignorancia.

Yo soy lo que soy y jamás me vi tentado a sonreír del modo en que lo hacían las personas de aquel pueblo, ni de tantos otros que en el pasado visité. Ni siquiera me creía capaz, pues una forma etérea no puede torcer los labios, al igual que imagino que tampoco puedo llorar. No hacía mucho, yo visité la bella ciudad de Verona, donde me simpaticé con dos jóvenes enamorados. Poco antes presencié en sueños una guerra a la que se le llamó la mayor jamás vista en Grecia, y aunque puede que nadie la llamara así, fue colosal y provocada tan solo por el rapto de una amada. He visto a damas romper en llanto por el amor y a varones estallar con una carcajada por la batalla y el asesinato (puede que no fuera en ese orden), y yo no comprender el por qué.

Prosiguiendo con mi visita a la ciudad llegué al templo de dioses. En la puerta admiré un péndulo que debía pesar como la iglesia entera, era de plata tallada en figuras ya desgastadas, estaba casi verde por la acción del viento. En los ojos de una niña que habían tallado en un costado de la gigante pieza, había agujeros, tristes y apagados, sin expresividad alguna, lo que acentuaba aquella tristeza. Lo sostenía un arco de rocas muy viejo y erosionado, aunque aún fuerte, que solo una fuerza equiparable a la naturaleza pudo haber puesto allí. Los hombretones envalentonados de vino que salían de la taberna se

apostaban las monedas por ver quién era capaz de mover más aquella enorme pieza de metal que colgaba, de un puñetazo, un martillazo o incluso de un cabezazo lo he llegado a ver. Aquel me pareció un buen lugar donde empezar a divertirme, para empezar me bastó con el fragmento de un hacha rota que encontré en el suelo. Con ella esculpí aquel enorme objeto, convirtiéndolo en un péndulo más pequeño, más elegante y sobre todo más acorde con las mentes de aquella gente. Decidí colgarlo a tres pies de altura con la misma cadena y en el mismo arco que el anterior, arco en el cual grabé este mensaje:

“Bendito aquel que con mi espíritu haga volar este péndulo, demostrando más que simple simpleza, de la que este pueblo está bien provisto”.

Siendo sincero ni siquiera yo comprendía lo que aquel mensaje significaba, pero obviamente cualquiera de los ciudadanos estaría dispuesto a interpretarlo como un reto tras varias cervezas y una bella dama observando. Muy a mi pesar (y no tanto), me vi obligado a dotar a aquel péndulo de cierta protección, haciendo que ningún golpe pudiera perturbarlo.

Fue realmente divertido ver a hombres y mujeres dar puñetazos, estampar bancos, golpear con sartenes aquel pedrusco de metal reluciente. Ninguna de esas personas sabían realmente por qué lo hacían, al igual que no sabían por qué no surtía ningún efecto sobre el péndulo.

Se fue corriendo la voz de la magia de aquel lugar, apenas dos semanas después ya hacían cola los guerreros que querían probar la dureza de su espada o la potencia de sus puños. Llegaba gente de todos los lugares de la nación, ni decir que los burdeles y tabernas hicieron el agosto. Llegué a asombrarme cuando una flecha lanzada por una arquera hizo tambalearse la cadena. Lamentablemente toda la atención fue a parar a aquella persona a la que alcanzó la flecha, rebotada.

Se intentó de todo para perturbar el estado del péndulo, hombres escalaron la cadena e intentaron cortarla desde arriba, con picos trataron de derrumbar el arco que para la gente ya asemejaba una montaña, le dieron latigazos al objeto, lo golpearon, lo trataron de apuñalar, empalar, tirar de él en todos sentidos. Tres hombres improvisaron una palanca con dos bancos, aunque el resultado fue un brazo roto. Todo fue en vano.

A los diecinueve días llegó un guerrero de piel azul, procedente de las tierras de más allá del norte. Portaba un enorme hacha de guerra y un escudo vetado en rojo con un gran lobo a la espalda. Debía medir tres varas, no hubo persona que no le cediera el paso hacia el péndulo. A medida que se aproximaba, miraba con más fiereza aquel objeto. Apenas tardó un segundo en empuñar su imponente hacha y dirigirla con una fuerza casi sobrehumana hacia la pieza de plata. La muchedumbre cayó de repente, pareció incluso que el sol estaba de parte del berserker. Con los ojos llameantes de ansia y excitación entonó una palabra de guerra, una palabra de rabia en una lengua antigua que yo conocí en mis sueños. Aquel grito era una maldición, un insulto, un reto a las fuerzas de la naturaleza. Creyó que aquello le daría la fuerza suficiente como para romper mi sello. Aquel hombre no podía estar más errado, pues me había desafiado. La palabra que pronunció era el mayor insulto y la mayor deshonra que podía descargar alguien, y la dirigió hacia la deidad creadora a la que yo consideraba mi madre. Solo un hombre maldito y malvado podía haber pronunciado aquello, solo un hombre malvado y maldito pudo haberme hecho enfurecer como el susodicho lo hizo. Golpeó inhumanamente con una fuerza superior a la de cualquiera antes.

Sin duda alguna hubiera sido capaz de partir la iglesia por la mitad. La multitud contuvo la respiración en aquel instante, tal vez asombrada o maravillada por lo que creían que iba a pasar. Una intensa luz verde comenzó a emanar de la figura esculpida de plata, cegando al público, y de algún modo, ensordeciéndoles. De repente, silencio.

El péndulo no se movió.

Pero el cadáver del fulminado nórdico cayó al suelo, con su hacha dividiéndole el pecho. Fue la primera vez en toda mi existencia que había sentido verdadera ira, pero por lo que aún sé, ese hombre la merecía.

Pasó el tiempo y la novedad de aquel inamovible objeto, también. Yo seguí en aquella plaza, frente al viejo templo mucho tiempo, no sabría decir cuánto. Día a día veía a la gente pasar. Todas las tardes muchos feligreses acudían al templo, tal vez a salvar su alma o a pedir por bienes materiales, personalmente no me importa. Cada noche los hombres entraban en las tabernas a ahogar sus penas y agobio en vino con especias o ron. A veces los miraba y cuando los veía salir con las caras rojas por el alcohol y algún ojo morado por las trifulcas, con alguna prostituta bajo el brazo o la tabernera, llevándolos de la oreja... a ninguno vi que no sonriera. Comenzaba a asimilar que no había motivo para ello, no existía un patrón. Cada persona que pasaba por la plaza sonreía al menos una vez. Cada vez que yo abandono el mundo de los sueños lo hago para entretenerme, con el fin de abandonar la cama y el aburrimiento que esta me supone. Suelo interactuar con la gente porque sus reacciones son estúpidas al igual que sus pequeñas mentes, eso me divierte. El hecho de que hayan habido civilizaciones tan fascinantes de hombres tan sabios, que haya criaturas tan asombrosas y monumentos tan impactantes, hacen que cada visita merezca la pena a pesar de no poder compartir lo que las personas sienten, pequeños pero envidiables en ese aspecto. Claro que no es lo mismo verlos en sueños que de forma corpórea.

Un repentino día el cantinero y los dueños de la taberna se pusieron de acuerdo y colgaron un papel en cada una de las patas del arco. Retaron a todo hombre y mujer de la zona a derribar el péndulo a cambio de un gran suministro de comida y bebida. El pueblo no se encontraba bien, había pasado un tiempo desde que se fue la gente por miedo a sufrir lo que aquel hombre sufrió, lo consideraron una maldición y la plaza se secó. Los negocios de los alrededores estaban pasándolo mal al igual que toda la población. Aquel acto de esperanza despertó algo en aquella gente, que se decidió a tumbar el péndulo al que culpaban de su decadencia.

Medio pueblo fue a golpear con todas sus fuerzas aquel día. Se volvía a hacer cola para castigar a la pequeña pelotilla de plata esculpida. Había comida, bebida, muchas risas, incluso algunos paisanos rendidos de cargar contra el péndulo, comenzaron a cantar y a tocar unos instrumentos rudimentarios de cuerdas raídas que debieron haber heredado de sus abuelos. El ambiente aquel día de primavera fue maravilloso. Absolutamente todo el mundo allí sonreía, era todo lo opuesto a como habían sido las cosas hasta entonces. Todos parecían felices, a pesar de que nadie conseguía aún mover si quiera aquel pedrusco de metal.

Al margen de la atención de la gente, un harapiento y rubio chiquillo se acercó al centro del arco. Llevaba una camisa rota de color marrón, iba descalzo y se sostenía un gastado pantalón con una soga. A simple vista era obvio que aque chico había conseguido vestirse

con ropa encontrada en la basura. Era bastante menudo, así que no le costó colarse entre las piernas de la gente. Sin embargo a penas conseguía tocar el péndulo de puntillas. El carnicero le ayudó ofreciéndole su rodilla para que alcanzase a dar un porrazo a la bolita de plata. El chico declinó el ofrecimiento y, mientras ignoraba las carcajadas de la gente y las miradas de ternura de la mayoría de los adultos, sopló.

<<Yo puedo, vamos, yo puedo...>> fue lo único que se le pudo venir a su pequeña cabeza llena de cabellos dorados y sucios a aquel enano de a penas ocho años, al tiempo que expulsaba una bocanada de aire. El péndulo comenzó a brillar y a bailar en el aire, sin ton ni son comenzó a dar vueltas al rededor del niño mientras expulsaba una luz intensa y verde... hasta que desapareció.

La muchedumbre se sobresaltó por un momento, pensando que se estaba repitiendo la escena y que el muchacho iba a acabar muy mal parado. Cuando vieron que la figura de plata se había desvanecido quedaron confusos.

– ¡Insensato! – le gritó el carnicero, a su vera. – ¡Pordiosero! ¡Maldito niñato! – El pueblo entero continuó con el abucheo.

Me sorprendió aquella reacción en la gente, a pesar de que era de esperar. La gente que disfrutaba de golpear una roca impenetrable era la misma que abucheaba a un niño que había conseguido todo lo que ellos no.

Mientras el chico corría por las callejuelas, bañado en cerveza que los crueles borrachos le habían rociado y tiritando por el frío afecto de la gente, decidí hacer una última acción.

Por primera vez conseguí dibujar una sonrisa en mi cara y se la dediqué al niño que me miraba asombrado, agazapado desde detrás de una caja en un callejón. Él me vio y yo lo miré. No sé qué habrá sido de él, pero siendo la única persona por la que alguna vez sentí, le deseo lo mejor.

Aquel día volví calmo y cansado a caer en un profundo sueño, pero desde entonces nada ha vuelto a ser lo mismo, pues ahora mis sueños son más dulces y tienen una mezcla de color del oro y la plata.